

Segunda Noche Preparatoria hacia las
35^{as} Jornadas Anuales de la **EOL**

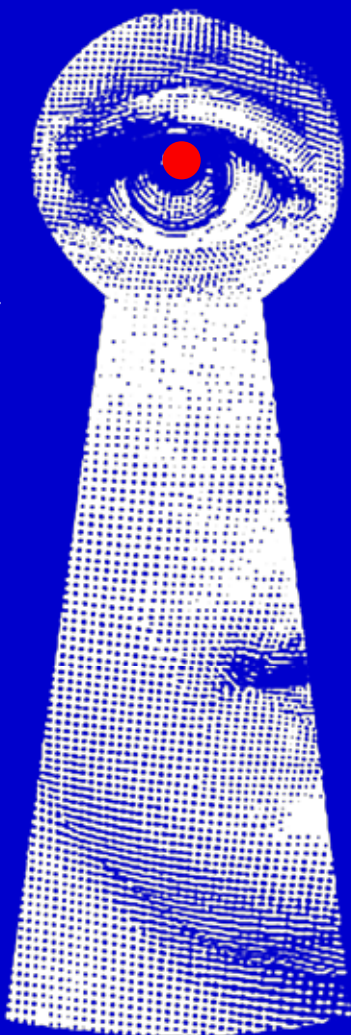
DIALECTICA DEL DESENGAÑO

en la clínica **y** en la cultura

Entre engaño y dignidad
Andrea Berger

Un eco de fruición
Ana Lucía Soler

Creer con desencanto
Manuel Zlotnik



Entre engaño y dignidad

Andrea Berger

Dialéctica analítica

A partir de “Intervención sobre la transferencia”, en 1951, se inaugura un modo de lectura de la experiencia analítica. En ese momento, Lacan se apoya en la dialéctica hegeliana. Dialéctica planteada en términos de afirmación, negación y negación de la negación. En ese inter-juego de los términos se supera la independencia de estos que se conservan e integran en una síntesis superior.

Pero además, en la formulación de Lacan, queda aludida la dimensión socrática de la dialéctica, al implicar, en el contexto de un diálogo, la aparición de una verdad en aquel que habla a partir de un oyente que funciona como causa.

Desde allí lee el caso Dora como una serie de desarrollos de verdad e inversiones dialécticas. Nos alerta de no engañarnos ^[1] con las incoherencias de la asociación libre, ya que no se trata sino de un “artificio de hidráulico”, referencia de Freud, que da paso, abre las compuertas, a una gravitación que le es propia, y que produce verdad en la realidad.

En ese sentido, afirma que el psicoanálisis es una experiencia dialéctica. Pero esa dialéctica no permanecerá idéntica a sí misma a lo largo de su enseñanza.

Desde esta introducción, les propongo recorrer este trabajo, advertidos de que, desde 1951 hasta hoy, la dialéctica analítica, a diferencia de la hegeliana, prescinde de toda idea de superación o progreso. Se trata, más bien, de vueltas que en su repetición producen la dimensión de lo nuevo. Giros alrededor de un núcleo, un agujero, que Lacan supo leer como lo real que no engaña.

Daremos esas vueltas, organizados alrededor de tres momentos de la enseñanza de Lacan para concluir con una pequeña viñeta.

I. Engaños-desengaños

En el capítulo V del *Seminario 3* titulado “De un dios que engaña y de uno que no engaña”, Lacan destaca la dimensión engañosa de lo imaginario y la contrasta con la función de la palabra en tanto salida del engaño. En este sentido, la palabra desengaña.

Podemos decirlo también así: lo imaginario, determinado por la combinatoria de los elementos de lo simbólico, es engañoso, cautivante, y nos lleva al desconocimiento de la estructura. Un ejemplo que propone, tomado de la óptica, es el arco iris. Una formación imaginaria que puede engañarnos si no advertimos que dicha imagen es el resultado de una combinatoria de elementos simbólicos: agua y luz. Lo imaginario queda definido a partir de la lógica de la composición y la descomposición, se

arma y se desarma sujeto a lo simbólico.

Ahora bien, lo que me gustaría destacar de estas páginas es el problema que Lacan introduce. Nos dice que el punto pivote de la función de la palabra es la subjetividad del Otro. Es decir “el hecho de que el Otro es esencialmente el que es capaz, al igual que el sujeto, de convencer y mentir”.^[2] Si bien se sale del engaño de lo imaginario con la función de la palabra, función que instaaura la dimensión de la verdad, a su vez la palabra, punto pivote, también instaaura la mentira.

Subrayo este momento de clivaje de Lacan con la palabra.

A partir de este punto de inflexión, se ve forzado a buscar “lo que no engaña”. Propone un abanico heterogéneo que va desde la tradición judeo-cristiana y el acto de fe como lo que no engaña; la naturaleza y la no intención de engañar; Descartes, la duda metódica y la necesidad del Dios que no engaña; Aristóteles y las esferas celestes, incorruptibles, en tanto vuelven siempre al mismo lugar. Y, finalmente, en el caso Schreber y su delirio, lo que no engaña acontece como certeza a nivel de una experiencia de cuerpo.

Si lo imaginario engaña, si la palabra miente, se necesita de algo que garantice el sistema, algo real que no engañe: el acto de fe, el principio de que la naturaleza no juega sucio, el Dios no engañoso, los cuerpos celestes y la experiencia de goce de cuerpo son las razones que responden a este esfuerzo lógico de Lacan.

Será justamente esta búsqueda de aquello que “no engaña” la que ira desplazándose a lo largo de su enseñanza.

II. Mentira

Sabemos que el *Seminario 10* constituye un momento de torsión en la enseñanza. Desde las primeras páginas anuncia la separación con Hegel y también con Freud. En ese sentido, y siguiendo el hilo de nuestro planteo, hay por lo menos dos clases dedicadas a lo que “engaña y a lo que no engaña”.

Lacan pasa de hablar de la función de la palabra a resaltar la lógica copulativa del significante, lógica que lleva a la producción de sentidos. Desde esta perspectiva, la capacidad generativa del significante es infinita y deja al sujeto preso de trampas engañosas, ya que se soporta en el uso de una huella falsamente falsa. En esos párrafos ubica incluso la dimensión engañosamente útil del Sujeto Supuesto Saber.

Al mismo tiempo, desarrolla el tema de la angustia, afecto de excepción, articulado a la construcción del objeto *a* que instaura una escritura topológica de lo real que no engaña.^[3] Plantea la función del *a* de variadas maneras incluso retomando el caso de la joven homosexual. Allí señala la relación con el *a* que no engaña, así como el encuentro de Freud con lo que engaña: las mentiras del inconsciente.

Recordemos rápidamente que la joven homosexual monta la escena de amor hacia la dama de dudosa reputación, *acting* dedicado al padre, a partir del nacimiento de un hermano. Lo que sorprende a Freud es que, a partir de las entrevistas con él, la joven produce sueños destinados al analista donde realiza lo “esperado” por el Otro: estar casada con un hombre y formar una familia.

Freud advierte que, a través de sus sueños, la joven miente.

Podemos leer allí, un momento de desengaño de Freud. Si bien ya había sacado consecuencias del decir de las histéricas en la Carta 69, aquí da un paso más y manifiesta su sorpresa de manera genuina, dejando ver el impacto del encuentro con las mentiras del inconsciente.

Pero también podemos decir que es un momento de desengaño de Lacan con Freud.

Para Lacan, en esta oportunidad, Freud no tuvo las agallas que mostró en el sueño de la inyección de Irma. A la joven homosexual la deriva a una analista mujer y no da el paso, lacaniano, de elaborar que el inconsciente, estructurado como un lenguaje, no tiene más remedio que ser mentiroso. Pero esa mentira no es simplemente un obstáculo, tiene su utilidad respecto de lo real que no engaña.

III. Desencanto-dignidad

Para abordar este último apartado, tomaremos una referencia del *Seminario 20*. Allí Lacan confiesa cierto desengaño con la formalización matemática. La presenta como “la elaboración más avanzada de la significancia que nos haya sido dado producir. [...]. Esta formalización matemática de la significancia se hace a lo contrario del sentido, iba a decir a contrasentido”.^[4] Es decir, es una herramienta de lectura clínica, la más válida que tenemos, y que funciona a contrasentido. Pero también sabemos que “el truco analítico no será matemático”.^[5] Así se distingue lo real.

Lo real, que no engaña, no puede inscribirse sino con un *impasse* de la formalización. En este punto del Seminario, Lacan nos sorprende al volver a citar a Spinoza. El filósofo neerlandés

que estaba interesado en los cuerpos. Dicen los biógrafos del pulidor de lentes, que se jactaba hasta el cansancio de ver la lucha, el combate de los cuerpos. Esos cuerpos de arañas y moscas capturándose entre sí. Allí trae Lacan, seguramente tomado por estas referencias de Spinoza, la imagen, enigmática, del vientre oscuro de la araña.

Las arañas producen una sustancia proteica que secretan a través de unos pequeños orificios localizados en su vientre y que en el contacto con el aire se transforma en los hilos de seda con los que teje lo que conocemos como la telaraña. Un instrumento vital que le permite desplazarse y capturar a sus presas.

Tal vez esta enigmática imagen nos permita leer la viñeta.

Se comenta el caso de una joven que padece ataques de pánico y manifiesta un profundo descreimiento respecto de la palabra. Lentamente, en el análisis se irán tejiendo los hilos de su historia, armando una red de la que pueda sostenerse y a partir de la cual sea posible restituir cierta dignidad a la palabra.

Se concluye afirmando que, a diferencia de la respuesta de Freud con la joven homosexual y advertidos por las lecturas de Lacan, podemos decir que la operación analítica puede hacer amar al inconsciente que, sin dejar de ser mentiroso, nos ofrece una red. No para restituir la confianza ciega en la palabra ni para alcanzar finalmente una palabra verdadera, sino para servirnos de sus hilos, de su red, allí donde el cuerpo quedaba tan crudamente encerrado en pánico.

BIBLIOGRAFÍA

Argumento 35J, 2026 [en línea], jornadaseol.ar

Freud, S., (1920) “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1985.

Lacan, J., (1951) “Intervención sobre la transferencia”, *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1984.

Lacan, J., (1955-1956) capítulo V, *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 2013.

Lacan, J., (1962-1963), capítulos VII, VIII y IX (apartado 4), *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Lacan, J. (1972-1973), capítulo VIII, *El Seminario, Libro 20, Aún*, Buenos Aires, Paidós, 2021.

Miller, J.-A., (2001) “El desencanto del psicoanálisis”, *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, n.º 26, Buenos Aires, Grama, junio 2019, p. 29.

Miller, J.-A., “Lacan que enseña”, en Brodsky, G., *Los psicoanalistas y el deseo de enseñar*, Buenos Aires, Grama, 2023.

[1] Lacan, J., (1951) “Intervención sobre la transferencia”, *Escritos 1*, México, 1998, p. 205.

[2] Lacan, J., (1955-1956) *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 2013, p. 95.

[3] Lacan, J., (1962-1963) *El Seminario, Libro 10, La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 87.

[4] Lacan, J., (1972-1973), *El Seminario, Libro 20, Aún*, Buenos Aires, Paidós, 2021, p. 112.

[5] *Ibid.*, p. 141.

Un eco de fruición ^[1]

Ana Lucía Soler

1. Desengaño, desencanto y extravío

Con el marco del tema de las 35.as Jornadas de la EOL, “Dialéctica del desengaño en la clínica y en la cultura”, y específicamente, con el tema de esta noche, “El psicoanálisis y los desencantados de la palabra”, elegí tomar como punto de partida para este trabajo una proposición de Lacan del *Seminario 20* que dice así: “... el vínculo social no se instaura sino anclándose en la forma como el lenguaje se sitúa y se imprime, se sitúa en lo que bulle, a saber, en el ser que habla”. ^[2]

A partir de allí, me interesó ubicar dos significantes que pueden en algún punto equivocar: *desengaño* y *desencanto*. La figura del desengañado, abordada por Lacan en el *Seminario 21*, nos remite “a aquellos que se rehúsan a la captura del espacio del ser hablante”.^[3] Mientras que, la figura del desencantado,^[4] adoptada por Miller en su Curso del 2001, evoca la pérdida gradual de una ilusión/ficción que se articula a una relación particular con los Ideales, el Otro y el amor. Si bien ambas figuras demuestran que no es posible escapar a los efectos del lenguaje sin pagar un precio, la diferencia radica en que el primero (desengaño) denota una exclusión o recusación, y el segundo (desencanto) indica una pérdida o fracaso de algo afirmado.

Ahora bien, a partir de las coordenadas de la época ligada a un simbólico que *ya no es lo que era...* podría plantearse una cierta continuidad que las conecta: ambas confieren poca o ninguna importancia al saber y el obstáculo inicial se encuentra en el lugar y en el valor de la palabra reducida a un puro semblante. Consecuentemente, en la dimensión simbólica: labilidad; y en la imaginaria: confusión y desconcierto. Se observa entonces que, allí donde las palabras no atraviesan el cuerpo y no determinan la existencia, algo en los sujetos deviene errante, extraviado, desarraigado.

Sabemos que el psicoanálisis se apoya en el resorte ficcional de la palabra, ligada al Sujeto supuesto Saber y, a su vez, destaca fundamentalmente un real en juego. En consecuencia, podemos afirmar que las ficciones tienen un efecto sobre el ser hablante y su modo singular de gozar. En esta línea, es prioritario el establecimiento de cierto lazo al decir que permita que

ese engaño de cada uno se instale en el dispositivo analítico vía la transferencia.

Entonces, a partir de la pregnante labilidad, el desconcierto y el extravío presentes en los atolladeros de la clínica actual, quisiera retomar dos preguntas del argumento de las Jornadas:

1) ¿Cómo hacerse *partenaire* del sujeto cuando la palabra no genera nada, circula libre, se multiplica, se consume, no tiene consecuencias?

2) ¿Cómo encarnar una presencia que permita otra relación con el decir?

2. Letra en espera, letra que sufre

Lettre on souffrance significa carta o letra en espera, en suspenso y, también, que sufre. Dos vertientes que traducen, por un lado, la línea del significante y, por el otro, la materialidad de la palabra. Dicho de otro modo, si en *la carta robada*^[5] de 1955 la letra desviada, cuyo trayecto ha sido prolongado y retardado en el correo, llega a destino produciendo efectos significantes, es con *Lituraterre*^[6] que la letra es tomada como tal, es escritura de goce, agujero, litoral, e implica la producción de una resonancia que no sea de sentido. Esto permite captar una dimensión ligada a la *letra sin más allá*.^[7] Estos dos momentos enmarcan la función de la palabra en la vía del sentido y en la vía de su opacidad, dos vías presentes desde el inicio de una cura y que dejan vislumbrar la dimensión propia del goce.

Los casos clínicos ilustran que el embrollo de hoy se articula en mayor medida a dichos sueltos, dichos silenciados, dichos que no se ligan a un decir ni posibilitan un saber que se sedi-

mente de a poco en la experiencia. La presencia inicial de lo no articulado requiere de un trabajo analítico que permita la emergencia de una palabra que arraigue y funcione como punto de partida. Así, corte y sutura toman su lugar siendo el acto analítico también una cuestión de leer y escribir. Entonces, es recién desde allí, que es posible que en las vueltas dichas se produzca el reencuentro con el encanto de la palabra y se establezca el hilo en el decir.

Dos viñetas:

D. tiene 14 años. Su decir es verborrágico. Asiste y habla dócil a la indicación de sus padres. Guiada por las imágenes de su celular relata innumerables escenas de excesos que se producen a escondidas y que resuelve con la ayuda del chatGPT. Un circuito de palabrerío y un hacerse ver, desprendido de responsabilidad subjetiva, se establece.

A. tiene 17 años. No habla. Desde el inicio llora sin cesar. El llorar en sesión sustituye “la descompostura que le agarra cuando intenta ingresar a la universidad”. No hay un decir sobre las causas, solo se impone la obligación de asistir y estudiar medicina. Un circuito se presenta cada vez: debo estudiar, nervios, descompostura, me quedo en mi casa. Su única salida es al consultorio del analista.

3. Eso, ¿habla?

La función del psicoanálisis se caracteriza por instituir un hacer, hacer hablar mediante la asociación libre, y con ella el

analizante obtiene cierto fin. En esta línea nos dice Lacan: “Es en un acercamiento por pequeños toques que el analizante registra las consecuencias del análisis en el orden de un saber”.

Un saber que introduce un “eso habla”,^[8] a propósito del inconsciente. Un inconsciente que *want to be*, ni ser ni no ser, sino advenir. Un advenir que implica el necesario pasaje del analizante por la palabra y su engaño, las vueltas dichas en las que podría producirse la emergencia de aquello que no engaña.

En esta línea, Lacan en el *Seminario sobre el acto* (1967) plantea tres niveles de *mathesis* o *captación sabia* que permitirían pensar un inicio de análisis. La primera se centra en un *Yo leo* a partir de una prueba reveladora. La segunda, en torno de la palabra adecuada, es un *Yo escribo*, escribo aun cuando lo hago para seguir el rastro de un escrito ya fallido. La tercera, presenta las réplicas bien forjadas de las marionetas esenciales que demarcan el deseo de cada uno. Replicas que implican el modo de captación propio de un análisis y comienzan con un *Yo pierdo*, pierdo el hilo. Y es allí donde comienza lo que interesa, o sea, el campo del lapsus, del tropiezo, del acto fallido.^[9]

En las viñetas presentadas se puede ubicar lo que acontece: una mostración a través de imágenes y un desborde en el cuerpo que impregnan todo un tiempo de trabajo preliminar que precede a los niveles de *mathesis* planteados. El pasaje por un *yo leo*, *yo escribo* un hilo, *yo pierdo* el hilo no está asegurado. Es necesario cierto tránsito que ubica al analista como causa de un devenir. Es por esto que, frente al desencanto y desarraigo de la palabra (según el caso), se podría pensar en el “tacto de la oportunidad”^[10] y, en consecuencia, a la interpretación como “un decir en la

oportunidad justa”.[11] *Decir* que distingue el incidente fuera de serie, incidente que no responde a la matriz y que se separa de la repetición de lo mismo al poner en valor lo que la palabra vehiculiza.

Sesión tras sesión se extrae de los dichos verborrágicos de D. una afirmación que hace explícito su decir. Sesión tras sesión se da cuerpo a la posibilidad de A. de salir de su casa a un otro lugar que la aloja. Vez a vez se sostiene cierto estado de disponibilidad que está atento a aprovechar la oportunidad.

Oportunidad que llega, D. realiza un dibujo en la sala de espera: es un paisaje de playa sin fondo y sin protagonista. Solo un escenario. Es a partir de su dibujo que aparece un poder decir de su soledad subjetiva. Llamado a un Otro que la escucha.

Entre lágrimas, A. dice que en su mente una y otra vez aparece un recuerdo infantil: “Salí con mi gatita, la atropellaron. Fue mi culpa. Había sangre. No sé si podré con la sangre”. Escena relatada que introduce una mínima diferencia al solo llanto y destraba la imposibilidad de hablar.

En ambos casos emerge así la posibilidad de tratamiento de ese real en juego. Un amansarlo hasta que el lenguaje haga con eso equívoco. Una causalidad no lineal que abre un espacio para la sorpresa, el azar, la contingencia y la invención. Efecto que se logra al tocar al Otro, “efecto relámpago que constituye el *quantum* libidinal producido”.[12] Una especie de *toque justo*, un *eco de fruición* como fruto del acto. El toque vale entonces si logra conmover ese poco que sabemos sobre lo real.

- [1] Lacan, J., (1967-1968) *El Seminario, Libro 15, El acto psicoanalítico*, Buenos Aires, Paidós, 2025, p. 58. “Cada fruición es una interpretación” es una de las citas más famosas del semiólogo italiano Umberto Eco. En *Obra abierta* (1962), Eco explica que el arte contemporáneo requiere de la participación del lector o espectador, y define la “fruición” como el goce estético e interpretativo que le da vida a la obra.
- [2] Lacan, J., (1972-1973) *El Seminario, Libro 20, Aun*, Buenos Aires. Paidós, 1989, p. 68.
- [3] Lacan, J., (1973-1974) clase del 13 de noviembre de 1973, *Seminario 21* “Los no incautos yerran”. Inédito
- [4] Miller, J.-A., (2001-2002) *Los desencantados del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2026.
- [5] Lacan, J., (1956) “El seminario sobre ‘La carta robada’”, *Escritos 1*, Buenos Aires, SXXI Editores, 1988.
- [6] Lacan, J., (1971) “Lituratierra”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.
- [7] Gorostiza, L., *Lo ininterpretable, Cuaderno del ICdeBA*, n.º 24, Buenos Aires, ICdeBA, 2020, p. 26.
- [8] Lacan, J., (1957) *La instancia de la letra en el inconsciente. Lectura estructuralista de Lacan*. P. 208.
- [9] Lacan, J., (1967-1968) *El Seminario, Libro 15, El acto psicoanalítico, op. cit.*, p. 62.
- [10] Miller, J.-A. (2001-2002) *Los desencantados del psicoanálisis, op. cit.*, p. 18.
- [11] *Ibid.*
- [12] Miller, J.-A., (2001-2002) *Los desencantados del psicoanálisis, op. cit.*, p. 48.

Creer con desencanto

Manuel Zlotnik

Cuando Freud deja de creer en sus histéricas, lo justifica porque no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto,^[1] desde el momento en que la realidad psíquica está al mismo nivel que la realidad exterior; dado que la verdad tiene estructura de ficción y, para colmo siempre está condenada a un medio decir quedamos entonces siempre atrapados en una dialéctica del engaño desengaño.

No en vano Lacan plantea que el psicoanálisis es quizás una estafa porque hay un S_1 que promete un S_2 y eso nunca llega a gran cosa.^[2] En los seis paradigmas del goce, más precisamente en el tercero, Miller^[3] nos dice que, a la altura del *Seminario 7*, Lacan sostiene que el sujeto miente acerca del *das Ding*, hay una mentira originaria sobre el goce. Freud llama defensa a esta mentira estructural que el sujeto articula en el lugar del goce.

Lacan finalmente concluye con su sentencia: los desengañados se engañan.

Los no incautos se engañan. Se define al incauto como una persona que no tiene cautela, precaución o malicia, lo que la vuelve muy propensa a ser engañada o a sufrir las consecuencias de su propio descuido; alguien que actúa sin medir los riesgos o que no prevé el peligro en una situación determinada; pueden ser personas inocentes o de buena fe que confían en los demás.

Lacan nos dice que los no incautos se engañan. Entonces, si los no incautos se engañan, ¿el psicoanalista tiene que ser incauto?

Me inclinaría a pensar que no. Lacan lo piensa a Freud como un incauto de lo real a pesar de que no cree;^[4] esa es la mejor indicación de la posición del analista con relación a esta problemática: ser incauto a pesar de no creer, eso es dejarse engañar. Dejarse engañar no es ser un ingenuo o inocente, es dejarse llevar un rato por la errancia de la ficción. Si no se deja engañar, el analista termina en una posición cínica o, en su defecto, cree demasiado en la objetividad y pretende ser un científico.

Ahora bien, ¿“desengañado” puede ser un sinónimo de desencantado? ¿o cuando nos referimos ahora al desencanto de la palabra o del psicoanálisis nos estamos refiriendo a otra cosa?

Miller nos aclara este meollo cuando dice: “El psicoanálisis no podrá continuar como práctica en el siglo que comienza más que si los psicoanalistas no retroceden en desencantar los conceptos fundamentales del psicoanálisis [...] el desencanto del psicoanálisis mismo –es decir, la puesta al desnudo de su resorte de ficción y simultáneamente de su apuesta por lo real”^[1].

Entonces, por un lado, el psicoanalista durante un tiempo tiene que dejarse engañar, dejarse llevar durante un largo tramo

por el río de la ficción, ser un incauto que no cree y, por otro lado, desencantarse de esa ficción y apostar a lo real. Vemos aquí la coexistencia de dos posiciones que no necesariamente son antagónicas ya que su vaso comunicante será ese “dejarse o ser dócil” del analista.

Es decir que tiene que haber desencanto sin desengaño, parece un juego de palabras, pero va en serio, el desencanto es fundamental para entrar en la dimensión del no hay Otro del Otro; la cuestión medular de todo esto es cómo evitar que el desencanto desemboque en cinismo.

Aquí la diferencia la vemos en si se mantiene el Otro o no. Me inclino a pensar que en el horizonte del cínico se sigue manteniendo al Otro. El cínico se refugia en la ausencia del Otro como pretexto para no avanzar en el camino de su deseo; en el fondo, en ese refugio sigue existiendo el Otro. Por el contrario, el desencanto sin cinismo es asumir que no hay Otro del Otro y arreglárselas con lo que hay de acuerdo a cada contingencia en el camino de un deseo, podría ser un desencanto que llevaría a estar advertido.

Los nostálgicos dicen que antes se respetaba la palabra, “es un hombre de palabra, puedes confiar en él”, aún se pueden escuchar ese tipo de comentarios. Por el contrario, hoy no es tan evidente el valor de la palabra para confiar en el otro; es curioso porque por estructura la palabra malentiende, equivoca, engaña, pero aun así tiene un poder de confianza.

La caída de valores, del Nombre del Padre, de la ética, la moral, de la democracia, etc., y la subida al cenit del objeto a, ¿se producen por desencanto?

Puede ser, pero es un desencanto coyuntural de la época a partir de la crisis de la democracia, de la globalización, de determinadas políticas, etc.; sin embargo, por otro lado, hay un desencanto estructural: si el goce está prohibido para todo ser que habla, hay entonces un desencanto fundante, es el de la primera pérdida del objeto de la necesidad.

Ese desencanto de base lleva a nuevos encantos fantasmáticos para velar el vacío existencial, el objeto *a* en el cenit es un nuevo encanto que de alguna manera reemplazó la hegemonía del Nombre del Padre. Al quedar relegado el Nombre del Padre que era el garante de la palabra, supuestamente, la palabra también quedó afectada, y eso pareciera conducir al desencanto de la palabra.

Pero lo curioso es que el desencanto de la palabra lleva a no soportar más su malentendido y apuntar a lo literal, “yo soy esto”, “yo soy lo que digo” implica una idea de exactitud de la palabra y no del malentendido; así entiendo el desencanto de la palabra; el Nombre del Padre llevaba al malentendido, el objeto *a* a la exactitud.

¿Cómo es que el objeto *a* en el cenit lleva a la exactitud?

Primero tenemos la liberación del goce, el goce ahora está permitido, eso lleva al derecho al goce, de ahí al colectivo del goce en común para concluir en la ilusión de que todos formamos parte de un homogéneo en la identidad, que es la coagulación del ser, exactitud de la palabra. Lo paradójico es que la liberación del goce pueda conducir a su prisión en la identidad.

El desencanto de la palabra supone la no creencia en el inconsciente. Como psicoanalistas exploramos el inconsciente,

nos nutrimos de sus formaciones que nos dan elementos para trabajar en las sesiones.

El inconsciente con sus formaciones da cuenta de su existencia, una existencia que está por fuera de la razón; desde esa perspectiva va contra el *cogito* ya que funda su existencia y la del hombre sujetado a él justamente a partir de la sinrazón.

Estamos en la época del “soy lo que digo”, la época de la autopercepción, y supuestamente, de negación del inconsciente; aun así me pregunto: ¿cuándo el inconsciente fue aceptado? ¡Nunca!

Es verdad que ahora puede haber una mayor tendencia a la autoconciencia, al autodomínio, a lo auto... y seguramente eso lo tapa más, pero no estoy seguro de que esta sea una época de menor creencia en el inconsciente que la anterior: ¿Dora o el Hombre de las ratas creían más que la gente de ahora?

¿Pero qué entendemos por creer en el inconsciente?

No me parece que creer en el inconsciente sea tomar conciencia de él y como alumno aplicado hacer el esfuerzo en la sesión de asociar e interpretar; quizás sea más efectivo descreer y de manera imprevista sorprenderse por una de sus pulsaciones.

Podemos tomar el ejemplo del Hombre de las ratas: Freud lo adoctrina, le explica de la representación reprimida, del síntoma como sustituto, del falso enlace, en definitiva, le explica que hay inconsciente porque el Hombre de las ratas no podía reconocerse odiando a su padre.

¿A partir de ese adoctrinamiento, el Hombre de las ratas aceptó la teoría freudiana? Para nada; pero la sesión siguiente

recordó sin habérselo propuesto tres situaciones en las que se hubiera visto beneficiado si su padre muriera.

Con esto queremos decir que se cree en el inconsciente sin uno darse cuenta a partir de sus formaciones y experimentando uno la división subjetiva; y si hablamos de formaciones del inconsciente, tenemos que ir al síntoma; Lacan habla de creer en el síntoma.

Creer en el síntoma agotados ya todos sus sentidos es confiar en que la singularidad a algún lado nos llevará, no es una promesa del mejor de los mundos, pero es con lo que nos tenemos que arreglar. Pero no es un creer como creer en dios. Es, como dice Lacan en el *Seminario 24*, creer con ciertos reparos, sería algo así como creer con desencanto.

[1] Freud, S., "Carta 69, fragmentos de la correspondencia con Fliess", *Obras completas*, vol. 1, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

[2] Lacan, J., clase del 15 de marzo de 1977, *Seminario 24*, "*L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*", *Ornicar?*, n.º 16, 1978.

[3] Miller, J.-A., *La experiencia de lo real en la experiencia psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 233.

[4] Lacan, J., (1973-1974) *Seminario 21*, "Los no incautos yerran". Inédito.

[5] Miller, J.-A., "Lacan enseña", *El deseo de enseñar en psicoanálisis*, Buenos Aires, Grama, 2001.

35^{as} Jornadas Anuales de la EOL

DIALÉCTICA DEL DESENGAÑO en la clínica y en la cultura

DIRECTORAS

**Paula Husni
y Liliana Zaremsky**

COMISIÓN CIENTÍFICA

**Elena Levy Yeyati,
Fabian Naparstek,
Paula Szabo,
Paula Husni
y Liliana Zaremsky**

COMISIONES

SECRETARÍA

Greta Stecher

TESORERÍA

Natacha Zarzoso

DIFUSIÓN

Leonardo Rodríguez

BOLETINES

Adriana Lafogiannis

Paula Ferder

BIBLIOGRAFÍA

Silvina Rojas

SALAS Y SONIDO

Evangelina Fuentes

LIBRERÍA

Analia Trachter

STREAMING

Gabriel Ghenadenik

35^{as} Jornadas
Anuales de la **EOL**



DIALECTICA
DEL
DESENGAÑO
en la clínica y en la cultura

21/22 Noviembre 2026
UBA económicas
jornadaseol.ar